

# La Obra Maestra de Ramón López Velarde

Artículo en verso para el centenario  
de su nacimiento

Por David Huerta

1

El miedo que les inspiran  
los hijos a los padres  
debe ser tema serio de reflexión.

Miren a los padres:  
pálidos y enfebrecidos,  
con las manos metidas  
en la pila del agua bautismal  
y la mirada extraviada  
en el infinito de la carne.

Mientras los padres tiemblan,  
los hijos  
se hinchan como gallos de pelea  
y sus ojos refulgen  
sobre las ciudades de la noche.

Padres e hijos se envuelven  
con las olas místicas  
de un fantasmal Fin de Mundo  
con el que se justifican.

Los hijos pedantean  
con el dandismo del parricidio.  
Los padres se ponen la máscara barbada de Abraham  
y piden perdón a los Cuatro Vientos.

Los hijos se destrozan entre ellos  
con deleite cainita. Están  
seguros de aniquilar a los padres  
cuando quieran.

2

No sé si Ramón López Velarde tuvo miedo  
de tener hijos. Lo cierto  
es que se enorgullecía  
del poder negativo  
de rehusar la existencia,  
según consta por escrito  
en el poema en prosa "Obra maestra"

En eso era  
igual que Franz Kafka.  
No nacieron sus hijos  
en Bohemia ni en Zacatecas.

Pero Kafka y López Velarde  
son, ellos mismos, sus propios hijos

y nuestros nietos bizarros: en sus obras  
sentimos que el Tiempo,  
increíblemente,  
fluye de futuro a pasado.

3

El tiempo fluye, naturalmente,  
de pasado a futuro. Esto  
no es tan sencillo,  
como puede leerse al inicio  
de los Cuatro Cuartetos de T. S. Eliot,  
que nació el mismo año que López Velarde.

El tiempo de Kafka y de López Velarde  
corre del futuro al pasado  
porque ellos inventaron un porvenir posible  
y desde allí escribieron  
sus textos. Inventaron una tradición  
y nos hicieron sus precursores.

Sólo así se explica que *El Castillo*  
y *La sangre devota*  
sean cada vez más legibles, hasta  
que se alcancen a sí mismos dentro de algunos años  
y empiecen a envejecer,  
como todas las cosas.

4

Ramón quedó deslumbrado  
por la blancura,  
como Arthur Gordon Pym.

El narciso y la nieve, blancos emblemas,  
eran el símbolo de la página,  
la pequeña llanura de papel  
que desafiaba a Stéphane Mallarmé.

El espíritu de López Velarde  
veía el vacío en la blancura de la página.  
Esa visión del vacío  
era también su rechazo de la paternidad.

La ignorancia y la sabiduría  
se concentraron en el espíritu  
de López Velarde  
con un ardiente vértigo.

De esa concentración  
quedaron unas palabras escritas.  
Nada más.

Las palabras que escribió López Velarde  
están hechas  
"de rectitud, de angustia, de intransigencia,  
de furor de gozar y de abnegación",  
igual que el hijo que no tuvo  
y que él mismo consideraba  
su verdadera obra maestra. ♦

Ciudad de México, 1988